

PLACER COMÚN

GRAMÁTICAS DEL DESEO
POSTCAPITALISTA

Aria Aber
Amador Fernández-Savater
Roy Galán
Andrea García-Santesmases
Emma Ingala
Javier López Alós
Carolina Meloni
Mario Espinoza
Anneke Necro
Sara Torres
Jamieson Webster

**Juan Evaristo
Valls Boix**
EDITOR



© Juan Evaristo Valls Boix, 2026

© De los autores: Aria Aber, Amador Fernández-Savater, Roy Galán,
Andrea García-Santesmases, Emma Ingala, Javier López Alós, Carolina Meloni,
Mario Espinoza, Anneke Necro, Sara Torres, Jamieson Webster, 2026.

© «En torno a las prácticas creativas de las amantes», de Sara Torres: © 2026, Sara Torres
Publicado por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency

Ilustración de cubierta: Mabel Esteban

Diseño de cubierta: Mabel Esteban y Camila González S.

De la corrección: Rosa Julve

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Ned ediciones, 2026

Primera edición: octubre, 2026

Preimpresión: Moelmo SCP
www.moelmo.com

Este proyecto ha recibido una subvención del Departamento de Lógica y Filosofía
Teórica de la Universidad Complutense de Madrid.

ISBN: 978-84-19407-99-3

Depósito Legal: B 16335-2026

Impreso en Sagrafic
Printed in Spain

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares
del *copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Ned Ediciones
www.nedediciones.com

ÍNDICE

Prefacio: La joya fundamental, <i>Juan Evaristo Valls Boix</i>	9
El conocimiento de la noche, <i>Aria Aber</i>	15
¿Deseo o placer? Un sándwich club, <i>Emma Ingala</i>	31
En torno a las prácticas creativas de las amantes, <i>Sara Torres</i>	51
No necesitas protegerte, necesitas del asombro, <i>Roy Galán</i>	75
Los reversos infinitos de la escena amorosa, <i>Jamieson Webster</i>	91
¿Otra heterosexualidad es posible?, <i>Andrea García-Santesmases</i> <i>Fernández</i>	103
Acero, mazmorras y colectividad del placer, <i>Anneke Necro</i>	127
Soportar el fuego, sostener el deseo, <i>Mario Espinoza</i> <i>y Carolina Meloni</i>	153
Por una vindicación plebeya de la alegría, <i>Javier López Alós</i>	177
La felicidad sin mundo, <i>Amador Fernández-Savater</i>	197
Biografías de los autores	217

LA JOYA FUNDAMENTAL

Prefacio

JUAN EVARISTO VALLS BOIX

Porque donde esté tu tesoro, allí estará
también tu corazón.

Mt 6, 21

En los años ochenta, diversos grupos de mujeres decidieron marchar. Recogieron sus cosas, abandonaron sus hogares y sus ciudades y se retiraron «back to the land», hacia distintas regiones campestres de la costa noroeste del Pacífico. Fundaron allí comunidades de mujeres lesbianas, separadas —liberadas— de las normas, los miedos y las violencias de la heterosexualidad obligatoria y de una sociedad que solo las reconocería si aceptaban su destino social de cuidadoras de hombres. Nadie soporta vivir en un mundo que le impide afirmar la vida y celebrarla. ¿Cómo se puede habitar el verano y el invierno sin un gusto mínimo, un arraigo o un abrazo, un sí, pese a todo, a las incertidumbres y las promesas de esta tierra?

Décadas después de su partida, Carmen Winant compiló una serie de fotografías y materiales de archivo que aquellas comunidades lesbianas habían elaborado en diversos talleres —*ovulars*— para dar cuenta de su experiencia. Allí, la fotografía se concebía como una herramienta para crear comunidad, para constatar la existencia y el vigor de un sujeto político que había sido otrora negado, cercenado, vilipendiado. Su libro trataba de ofrecer algunas *notes on fundamental*

joy y dar testimonio de un conjunto de experiencias políticas de autogestión comunitaria arraigadas en un deseo que todavía no tenía nombre, pero sí la fuerza de articular desde sus cimientos una sociedad alternativa. La lección de la que estas fotografías son testimonio es que cualquier comunidad política se sostiene sobre una cierta condición afectiva, sobre una relación primaria, aunque temblorosa y cambiante, de apego con el mundo. Carmen Winant lo llamó la joya fundamental: *jocus*, *jocale*, juego, juguete, *joy*, *joie*, alegría y regocijo, *jouel*, *joyau*, objeto precioso, sabroso tesoro. Nosotros le llamamos placer común.¹ ¿Dónde está vuestro tesoro? ¿Cuál es, cómo es, vuestra joya fundamental, la que entregaréis como reliquia para que otras vivan? Allí donde la guardéis, encontraréis también vuestro corazón, en una cajita de madera oscura, brillante, invisible.

La expresión «placer común» designa el conjunto de condiciones materiales y psicosociales que hacen posible querer habitar este mundo. Se trata no solo de los recursos que garantizan la subsistencia, sino de la organización política de una belleza banal, al alcance de todos los cuerpos. En la búsqueda del placer común se juega la diferencia entre vida buena y mera supervivencia. Allí comparece una toma de posición de nuestro deseo, una adhesión primera —contingente, pero fundamental— a la vida en común. Tal es, como diría Lordon, la condición anárquica de la convivencia política: una disposición del afecto que determina el mundo como valioso y habitable.

1. Conocí la obra de Carmen Winant y la práctica artística y comunitaria de los *ovulars* gracias a la exposición *Double*, presentada en Les Rencontres d'Arles de 2025, que combinaba materiales de archivo lésbico con fotografías de Carol Newhouse. Agradezco sinceramente a María Tinaut que me pusiera sobre la pista de esa exposición, así como la conferencia sobre representación y visibilidad *butch* que impartió en abril de 2026 en mi asignatura Estética y Género, del Máster en Estética Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid, donde reflexionó sobre estas experiencias políticas disidentes.

Esa disposición del afecto designa las múltiples formas y hábitos mediante los que una comunidad política afirma la vida, la organiza y persevera en ella, también en su ocaso y su cadencia. El placer común es la hipótesis que trata de responder a la pregunta de Judith Butler sobre las condiciones que hacen posible querer vivir en este mundo, o a la pregunta de Sara Ahmed sobre cómo vivir una vida feminista.

Me parece pertinente abordar una reflexión coral sobre las políticas del placer porque, como han estudiado diversos autores, desde Eva Illouz hasta Christian Laval y Pierre Dardot, desde Miguel de Beistegui hasta Gilles Lipovetsky, de Mark Fisher a Alenka Zupančič, el capitalismo tardío habla el idioma del placer, nos interpela en nombre de nuestro deseo: en cuanto racionalidad gubernamental, el neoliberalismo trata de gobernar a un ser cuya subjetividad debe estar implicada en la actividad que se requiere que lleve a cabo, de modo que trabaje para la empresa como si lo hiciera para sí mismo, de modo que, volviendo deseable la explotación y el poder, pierda cualquier sentimiento de alienación y la conciencia de ser explotado: el blanco del poder neoliberal es la voluntad de realización personal, de superación, de autodescubrimiento, de trascendencia. En suma, que produzcamos «cada vez más» y gocemos «cada vez más», que persigamos nuestra autenticidad y vivamos con intensidad nuestra diferencia, de modo que nos mantengamos así vinculados a la búsqueda incesante y sistémica de un «plus de gozar».

Cuando de lo que se trata es del gobierno del deseo y no de su disciplinamiento ni su adecuación a una norma; cuando de lo que se trata es de gobernar en nombre de la singularidad y lo extraordinario, la excitación y la expresividad componen la dinámica generalizada de nuestra economía afectiva. La sociedad de consumo neoliberal es un cuerpo político que solo a través del estrés puede equilibrarse, en un esfuerzo sostenido por reconducir todas las formas de habitar y afirmar la vida hacia pautas de consumo o de trabajo, una gramática narcisista y desarraigada de optimización ansiosa, secreto autodesprecio

y triste aislamiento. Ahora bien, ¿podemos pensar en formas de placer dissociadas del consumo? Ciclos de fracasos, malestares y devastación medioambiental prueban que el capitalismo no es ni el mejor sistema socioeconómico, ni el más racional, ni el que reporta más bienestar general, pese a la grandilocuencia de sus fantasías.

¿Podemos imaginar un gusto de vivir distinto de la satisfacción constante, ansiosa e interminable que nos mantiene enganchados y esclavizados por no poder parar? ¿Acaso no cabe articular nuestra subjetividad mediante una economía afectiva que no sea la de la excitación y el crecimiento? En la era del deseo, nos hemos vuelto indeseables para nosotros mismos, hartos, hastiados, cansados. ¿Puede, en fin, el deseo desplegar una gramática que no sea capitalista, que no consista en crecer, acumular, dominar y erigir? Ante la captura neoliberal de las prácticas del placer como pautas de consumo y de los territorios del deseo como procesos de acumulación de experiencias, reclamamos un gusto de vivir y un modo alternativo de convivir y vincularnos: plural, encarnado, inclusivo, plácido, ingobernable, horizontal. Reclamar un placer no consumista y vindicar un deseo no neoliberal es el gesto político indispensable para evitar que las promesas de felicidad y vida plena comporten siempre el dolor de los demás.

La hipótesis de un deseo postcapitalista que Mark Fisher desarrolló en sus últimas clases trata de responder a esta inquietud, como lo hiciera décadas antes la tentativa de Deleuze y Guattari de convocar o escuchar algo así como una protesta de inconscientes. No puede haber un cambio social si no hay, primero, un cambio en nuestra forma de desear, una descolonización del inconsciente, al decir de Suely Rolnik. De lo contrario, las sociedades contemporáneas se reducen a sistemas de servidumbre voluntaria, donde luchamos por nuestra represión como si fuera nuestra libertad y organizamos la opresión como habríamos de disponer la emancipación.

Imaginar un placer común no es sino el ejercicio sostenido de volver ingobernable nuestro deseo, de sustraerlo del circuito capita-

lista para redirigir su potencia afectiva no a la identidad y el crecimiento, sino al cuidado de la vida en su diferencia. Se trata, también, de pensar una afectividad, una gramática del vínculo y de la comunidad que no sea ni la de la familia, ni la de la competencia, ni la de la explotación, sino quizás la del cuidado promiscuo, la escucha atenta y la hospitalidad, y redistribuir nuestros recursos para que tal cosa sea factible, no solo deseable. Un imaginario de vida buena que piense también el placer en su dimensión común y generalizada, donde el gusto de vivir no esté moralizado, ni requiera méritos, ni jerarquice las vidas según la desigualdad de su acceso. Allí, el poder es potencia para el vínculo y la metamorfosis, celebración de la insignificancia, y no dominio ni totalización. El placer común, práctica del no-todo, es una vindicación de la vida holgada, de una vida desasida, emancipada, desenamorada del capital y de sus promesas de felicidad: una vida holgada donde todos los cuerpos puedan respirar tranquilos.

Los textos reunidos en este volumen exploran, desde registros y escenas muy diversos, algunas de esas formas de vida en las que el placer deja de ser descarga privada, promesa de consumo o simple satisfacción narcisista para devenir experiencia de mundo. Se trata, en suma, de defender la alegría y organizar la rabia: disputarle al capital la fiesta y la noche, hacer del amor un vínculo revolucionario y sin violencia, encontrar las prácticas para inventar nuevas relaciones, cultivar la atención y el asombro, pues allí nos vaciamos de nosotros mismos para acoger la delicada extrañeza del amado. No se trata, por tanto, de idealizar el placer ni de oponerlo ingenuamente al dolor, sino de rastrear las condiciones sensibles, simbólicas y materiales bajo las cuales una vida puede dejar de organizarse en torno al miedo, la competencia, la captura y la escasez, y empezar a afirmarse en la abundancia compartida, el juego, la intensidad, la hospitalidad.

Si el capitalismo tardío ha hecho del deseo una fuerza productiva sometida a la valorización, si ha reducido el placer a signo de éxito, consumo o rendimiento, tal vez hoy una política emancipatoria

deba empezar por otra parte: por la recuperación de un gusto por vivir irreductible a la mercancía, por la construcción de mundos donde el goce no exija la humillación de nadie, por una alegría que no sea privilegio, por una sensibilidad capaz de cuidar lo frágil sin convertirlo en recurso. A eso llamamos aquí placer común: al sabor de la vida insignificante, cuando es compartida. No a una plenitud sin grietas, ni a una comunidad reconciliada, ni a una fiesta eterna, sino a la obstinación de quienes, en medio del desastre, siguen buscando las formas de compartir la belleza banal de este mundo, de hacerlo respirable, deseable y habitable para otros.

Allí donde una vida cualquiera pueda sentirse llamada a perseverar sin miedo, donde el deseo no se avergüence de su vulnerabilidad y donde la dicha deje de edificarse sobre la intemperie ajena, allí quizá desenterremos el tesoro que andamos buscando. Y dentro de su cofre —madera oscura, brillante, invisible—, un vacío, la joya fundamental: nuestro deseo de vivir juntos sin otro común que el placer de encontrarnos.